

# YO TAMBIÉN SOY ZAQUEO

## PREVIOS

**LOCAL**  
Lugar habitual de reunión

**AMBIENTACION**  
Ninguna en especial

**MATERIALES**  
Folios y bolígrafos o rotuladores

**DURACIÓN**  
2 hora

## ÁMBITOS CONTENIDOS

Profundización en los elementos fundamentales de nuestra fe.  
Promover dinámicas de revisión de vida.  
Elaboración del Proyecto Personal de vida.

## OBJETIVOS DEL ENCUENTRO

» Acercar a los jóvenes a la palabra de Zaqueo a través de las palabras del Papa Francisco para descubrir lo que el Evangelio les dice hoy.

## DISEÑO Y DESARROLLO DE UNA SESIÓN

### ACOGIDA

Se recibe a los jóvenes con normalidad y se pregunta por el transcurso de la semana.

### INTERIORIDAD/ORACIÓN

Nos ponemos en ambiente de oración y el acompañante lee el siguiente evangelio: Lc 19, 1-10

*Jesús entró en Jericó e iba atravesando la ciudad. Vivía en ella un hombre rico llamado Zaqueo, jefe de los que cobraban impuestos para Roma. Quería conocer a Jesús, pero no conseguía verle, porque había mucha gente y Zaqueo era de baja estatura. Así que, echando a correr, se adelantó, y para alcanzar a verle se subió a un árbol junto al cual tenía que pasar Jesús. Al llegar allí, Jesús miró hacia arriba y le dijo:*

*–Zaqueo, baja en seguida porque hoy he de quedarme en tu casa.*

*Zaqueo bajó aprisa, y con alegría recibió a Jesús. Al ver esto comenzaron todos a criticar a Jesús, diciendo que había ido a quedarse en casa de un pecador. Pero Zaqueo, levantándose entonces, dijo al Señor:*

*–Mira, Señor, voy a dar a los pobres la mitad de mis bienes; y si he robado algo a alguien, le devolveré cuatro veces más.*

*Jesús le dijo:*

*–Hoy ha llegado la salvación a esta casa, porque este hombre también es descendiente de Abraham. Pues el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que se había perdido.*

Se deja un tiempo para compartir lo que el texto nos sugiere. El compartir se realiza de la siguiente manera: Tras un pequeño momento de silencio se invita a los jóvenes a compartir libremente. Cuando uno de ellos comparta en primer lugar le seguirá el que esté sentado a su lado de manera que no se generen silencios demasiado largos. Si alguien no quiere compartir dará paso al siguiente compañero. (20 min)

## DINAMICA DE TRABAJO (SECUENCIADA)

### 1ª Parte (10 min)

La dinámica de trabajo consiste en un acercamiento al texto a través de la homilía del Papa Francisco en la Eucaristía de clausura de la JMJ Caracovia 2016.

Se reparte a cada uno un folio, en él cada uno debe dibujar cuatro círculos grandes separados que ocupen el mayor espacio posible. Se pondrá música ambiente cada vez que haya un momento de reflexión. El catequista lee despacio el comienzo de la homilía: “Queridos jóvenes: habéis venido a Cracovia para encontraros con Jesús. Y el Evangelio de hoy nos habla precisamente del encuentro entre Jesús y un hombre, Zaqueo, en Jericó (cf. Lc 19,1-10). Allí Jesús no se limita a predicar, o a saludar a alguien, sino que quiere —nos dice el Evangelista— cruzar la ciudad (cf. v. 1). Con otras palabras, Jesús desea acercarse a la vida de cada uno, recorrer nuestro camino hasta el final, para que su vida y la nuestra se encuentren realmente.

Tiene lugar así el encuentro más sorprendente, el encuentro con Zaqueo, jefe de los “publicanos”, es decir, de los recaudadores de impuestos. Así que Zaqueo era un rico colaborador de los odiados ocupantes romanos; era un explotador de su pueblo, uno que debido a su mala fama no podía ni siquiera acercarse al Maestro. Sin embargo, el encuentro con Jesús cambió su vida, como sucedió, y cada día puede suceder, con cada uno de nosotros. Pero Zaqueo tuvo que superar algunos obstáculos para encontrarse con Jesús: al menos tres, que también pueden enseñarnos algo a nosotros.”

Vamos a hacer un recorrido por esos obstáculos que compartimos con Zaqueo, pero primero dejamos unos minutos para que cada uno pueda hacer propia esta primera noticia: **Jesús quiere cruzar la ciudad para encontrarse conmigo**. Utilizamos el primer círculo para escribir dentro de él que significa para mí esta verdad.

### 2ª Parte (20 min)

Seguimos leyendo la homilía:

“El primero es la baja estatura: Zaqueo no conseguía ver al Maestro, porque era bajo. También nosotros podemos hoy caer en el peligro de quedarnos lejos de Jesús porque no nos sentimos a la altura, porque tenemos una baja consideración de nosotros mismos. Esta es una gran tentación, que no solo tiene que ver con la autoestima, sino que afecta también la fe. Porque la fe nos dice que somos “hijos de Dios, pues ¡lo somos!” (1 Jn 3,1): hemos sido creados a su imagen; Jesús hizo suya nuestra humanidad y su corazón nunca se separará de nosotros; el Espíritu Santo quiere habitar en nosotros; estamos llamados a la alegría eterna con Dios. Esta es nuestra “estatu-

ra”, esta es nuestra identidad espiritual: somos los hijos amados de Dios, siempre. Entendéis entonces que no aceptarse, vivir infelices y pensar en negativo significa no reconocer nuestra identidad más auténtica: es como darse la vuelta cuando Dios quiere fijar sus ojos en mí; significa querer impedir que se cumpla su sueño en mí. Dios nos ama tal como somos, y no hay pecado, defecto o error que lo haga cambiar de idea. Para Jesús —nos lo muestra el Evangelio—, nadie es inferior y distante, nadie es insignificante, sino que todos somos predilectos e importantes: ¡Tú eres importante! Y Dios cuenta contigo por lo que eres, no por lo que tienes: ante él, nada vale la ropa que llevas o el teléfono móvil que utilizas; no le importa si vas a la moda, le importas tú. A sus ojos, vales, y lo que vales no tiene precio.

Cuando en la vida sucede que apuntamos bajo en vez de a lo alto, nos puede ser de ayuda esta gran verdad: Dios es fiel en su amor, y hasta obstinado. Nos ayudará pensar que nos ama más de lo que nosotros nos amamos, que cree en nosotros más que nosotros mismos, que está siempre de nuestra parte, como el más acérrimo de los “hinchas”. Siempre nos espera con esperanza, incluso cuando nos encerramos en nuestras tristezas, rumiando continuamente los males sufridos y el pasado. Pero complacerse en la tristeza no es digno de nuestra estatura espiritual. Es más, es un virus que infecta y paraliza todo, que cierra cualquier puerta, que impide que la vida se reavive, que recomience. Dios, sin embargo, es obstinadamente esperanzado: siempre cree que podemos levantarnos y no se resigna a vernos apagados y sin alegría. Porque somos siempre sus hijos amados. Recordemos esto al comienzo de cada día. Nos hará bien decir todas las mañanas en la oración: “Señor, te doy gracias porque me amas; haz que me enamore de mi vida”. No de mis defectos, que hay que corregir, sino de la vida, que es un gran regalo: es el tiempo para amar y ser amado.”

En este momento dejamos unos minutos para ponernos en verdad con nosotros mismos. Escribimos en el segundo círculo todo aquello que tenemos y que no sabemos o queremos aceptar, aquello que ejemplifica como nos creemos de poca estatura olvidando el amor con que Dios nos mira, ¡Somos su imagen y semejanza! ¿Qué es lo que, en el fondo de mi corazón, creo que no me va a permitir encontrarme con Jesús porque no doy la talla”

Tras escribirlo, el que quiera comparte en alto poniendo ante el Señor aquello que no le gusta, que le hace sentirse así. Compartamos lo que compartamos se ha de terminar con la frase: **Gracias Señor por mirarme como me miras**.

### 3ª Parte (20 min)

Continuamos con la homilía:

“Zaqueo tenía un segundo obstáculo en el camino

del encuentro con Jesús: la vergüenza paralizante. Podemos imaginar lo que sucedió en el corazón de Zaqueo antes de subir a aquella higuera, habrá tenido una lucha afanosa: por un lado, la curiosidad buena de conocer a Jesús; por otro, el riesgo de hacer una figura bochornosa. Zaqueo era un personaje público; sabía que, al intentar subir al árbol, haría el ridículo delante de todos, él, un jefe, un hombre de poder. Pero superó la vergüenza, porque la atracción de Jesús era más fuerte. Habréis experimentado lo que sucede cuando una persona se siente tan atraída por otra que se enamora: entonces sucede que se hacen de buena gana cosas que nunca se habrían hecho. Algo similar ocurrió en el corazón de Zaqueo, cuando sintió que Jesús era de tal manera importante que habría hecho cualquier cosa por él, porque él era el único que podía sacarlo de las arenas movedizas del pecado y de la infelicidad. Y así, la vergüenza paralizante no triunfó: Zaqueo —nos dice el Evangelio— “corrió más adelante”, “subió” y luego, cuando Jesús lo llamó, “se dio prisa en bajar” (vv. 4.6.). Se arriesgó y actuó. Esto es también para nosotros el secreto de la alegría: no apagar la buena curiosidad, sino participar, porque la vida no hay que encerrarla en un cajón. Ante Jesús no podemos quedarnos sentados esperando con los brazos cruzados; a él, que nos da la vida, no podemos responderle con un pensamiento o un simple “mensajito”.

Queridos jóvenes, no os avergoncéis de llevarle todo, especialmente las debilidades, las dificultades y los pecados, en la confesión: Él sabrá sorprenderos con su perdón y su paz. No tengáis miedo de decirle “sí” con toda la fuerza del corazón, de responder con generosidad, de seguirlo. No os dejéis anestesiar el alma, sino aspirad a la meta del amor hermoso, que exige también renuncia, y un “no” fuerte al doping del éxito a cualquier precio y a la droga de pensar solo en sí mismo y en la propia comodidad.”

Momento para reflexionar y escribir en el tercer círculo aquello que me paraliza para seguir a Jesús con mayor libertad. ¿Qué miedos tengo? ¿Qué me paraliza de lo que se pueda ver más allá de lo que sé que siento? ¿Qué me impide arriesgar a “caballo ganador”?

De nuevo dejamos un espacio para que el que quiera comparta libremente. Esta vez todas las intervenciones terminará con la frase: **Señor, haz que me fíe de ti.**

#### **Parte 4ª (20 min)**

Continuamos la lectura de la homilía:

“Después de la baja estatura y la vergüenza paralizante, hay un tercer obstáculo que Zaqueo tuvo que enfrentar, ya no en su interior sino a su alrededor. Es la multitud que murmura, que primero lo bloqueó y luego lo criticó: Jesús no tenía que entrar en su casa, en la casa de un pecador. ¿Qué difícil es

acoger realmente a Jesús, qué duro es aceptar a un “Dios, rico en misericordia” (Ef 2,4). Puede que os bloqueen, tratando de haceros creer que Dios es distante, rígido y poco sensible, bueno con los buenos y malo con los malos. En cambio, nuestro Padre “hace salir su sol sobre malos y buenos” (Mt 5,45), y nos invita al valor verdadero: ser más fuertes que el mal amando a todos, incluso a los enemigos. Puede que se rían de vosotros, porque creéis en la fuerza mansa y humilde de la misericordia. No tengáis miedo, pensad en cambio en las palabras de estos días: “Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia” (Mt 5,7). Puede que os juzguen como unos soñadores, porque creéis en una nueva humanidad, que no acepta el odio entre los pueblos, ni ve las fronteras de los países como una barrera y custodia las propias tradiciones sin egoísmo y resentimiento. No os desaniméis: con vuestra sonrisa y vuestros brazos abiertos predicáis la esperanza y sois una bendición para la única familia humana, tan bien representada por vosotros aquí. Aquel día, la multitud juzgó a Zaqueo, lo miró con desprecio; Jesús, en cambio, hizo lo contrario: levantó los ojos hacia él (v. 5). La mirada de Jesús va más allá de los defectos para ver a la persona; no se detiene en el mal del pasado, sino que divisa el bien en el futuro; no se resigna frente a la cerrazón, sino que busca el camino de la unidad y de la comunión; en medio de todos, no se detiene en las apariencias, sino que mira al corazón. Con esta mirada de Jesús, podéis hacer surgir una humanidad diferente, sin esperar a que os digan “qué buenos sois”, sino buscando el bien por sí mismo, felices de conservar el corazón limpio y de luchar pacíficamente por la honestidad y la justicia. No os detengáis en la superficie de las cosas y desconfiad de las liturgias mundanas de la apariencia, del maquillaje del alma para aparentar mejores. Por el contrario, instalad bien la conexión más estable, la de un corazón que ve y transmite el bien sin cansarse. Y esa alegría que habéis recibido gratis de Dios, dadla gratis (cf. Mt 10,8), porque son muchos los que la esperan. Escuchamos por último las palabras de Jesús a Zaqueo, que parecen dichas a propósito para nosotros en este momento: “Date prisa y baja, porque es necesario que hoy me quede en tu casa” (v. 5). Jesús te dirige la misma invitación: “Hoy tengo que alojarme en tu casa”. La Jornada Mundial de la Juventud, podríamos decir, comienza hoy y continúa mañana, en casa, porque es allí donde Jesús quiere encontrarnos a partir de ahora. El Señor no quiere quedarse solamente en esta hermosa ciudad o en los recuerdos entrañables, sino que quiere venir a tu casa, vivir tu vida cotidiana: el estudio y los primeros años de trabajo, las amistades y los afectos, los proyectos y los sueños. Cómo le gusta que todo esto se lo llevemos en la oración. Él espera que, entre tantos

contactos y chats de cada día, el primer puesto lo ocupe el hilo de oro de la oración. Cuánto desea que su Palabra hable a cada una de tus jornadas, que su Evangelio sea tuyo, y se convierta en tu “navegador” en el camino de la vida. Jesús, a la vez que te pide ir a tu casa, como hizo con Zaqueo, te llama por tu nombre. Tu nombre es precioso para él. El nombre de Zaqueo evocaba, en la lengua de la época, el recuerdo de Dios. Fiaros del recuerdo de Dios: su memoria no es un “disco duro” que registra y almacena todos nuestros datos, sino un corazón tierno de compasión, que se regocija eliminando definitivamente cualquier vestigio del mal. Procuremos también nosotros ahora imitar la memoria fiel de Dios y custodiar el bien que hemos recibido en estos días. En silencio hagamos memoria de este encuentro, custodiamos el recuerdo de la presencia de Dios y de su Palabra, reavivemos en nosotros la voz de Jesús que nos llama por nuestro nombre. Así pues, recemos en silencio, recordando, dando gracias al Señor que nos ha traído aquí y ha querido encontrarnos“

Es momento de pensar en aquello que tenemos en nuestra vida que nos bloquea el paso a Jesús y escribirlo en el último círculo. ¿Qué cosas, ambientes o costumbres me separan de Jesús que me mira más allá de la multitud? ¿Qué mantengo en mi vida aun sabiendo que va en contra de este encuentro?

De nuevo compartimos libremente y terminamos con la oración: Señor Jesús, llámame por mi nombre.

### **CONCLUSIONES Y RECOGIDA FINAL**

Dejamos unos minutos para centrarnos de nuevo en el primer círculo y releer lo escrito. Hacemos algún retoque si lo vemos necesario a la luz de lo vivido durante el encuentro (10 min)

### **ORACION FINAL Y ENVIO**

Se cierra el encuentro con una acción de gracias espontánea en la que todos participan siguiendo el mismo modelo de la oración primera: Señor, hoy quiero darte gracias por...